

El gran Momento de la Consagración

*Portento de los portentos:
el mismo Dios que, hecho Hombre,
en sublime Sacramento,
se ofrece al Padre, y se da
en bebida y alimento.*

*“Porque soy Amor y puedo,
porque soy Amor y amo”:*

*«mi carne es verdadera comida
y mi sangre es verdadera bebida.
El que come mi carne y bebe mi sangre
permanece en mí y Yo en él...
y Yo le resucitaré el último día»
(Jn 6)*

Madre

Trinidad de la Santa Madre Iglesia

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA

Fundadora de La Obra de la Iglesia

El gran Momento de la Consagración

*Portento de los portentos:
el mismo Dios que, hecho Hombre,
en sublime Sacramento,
se ofrece al Padre, y se da
en bebida y alimento.*

*“Porque soy Amor y puedo,
porque soy Amor y amo”:*

*«mi carne es verdadera comida
y mi sangre es verdadera bebida.
El que come mi carne y bebe mi sangre
permanece en mí y Yo en él...
y Yo le resucitaré el último día»
(Jn 6)*



Editorial Eco de la Iglesia

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Nihil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General
Madrid, 29-6-2003

4ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia y de los libros publicados:

«LA IGLESIA Y SU MISTERIO»,
«FRUTOS DE ORACIÓN» y
«VIVENCIAS DEL ALMA»

1ª Edición: Mayo 2000

© 2003 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

C/. Velázquez, 88

Tel. 91.435.41.45

ROMA - 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org (*Santa Sede: Congregación para el Clero*)

ISBN: 84-86724-45-7

18-10-1962

EL GRAN MOMENTO DE LA CONSAGRACIÓN

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! ¡Ungido, escogido y predestinado para ser, con Cristo, sacerdote, mediador que ofrece y se ofrece a la Santidad infinita, para gloria de esa misma Santidad eterna y salvación de las almas...!

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! Éste ha sido el sueño que, durante toda mi vida, ha llenado totalmente mi alma de hija de la Iglesia, enamorada del Sumo y Eterno Sacerdote.

¡Oh, si yo hubiera tenido ese gran privilegio...! Si mi alma hubiera recibido de Dios el don incalculable de ser sacerdote... Si yo hubiera escuchado sobre mí estas palabras: «Tú eres sacerdote eterno...»¹ Si la unción sagrada hubiera esparcido sobre mi pobre ser su aroma suavísimo...

¡Oh...! ¡Sueños de mujer...! Sueños que, elevados hasta el pecho de la Trinidad, hoy me hacen gritar, como himno de deseo, ante la necesidad urgente, terrible y tremenda que expe-

¹ Sal 109, 4.

rimento en mí de ser glorificación para el Infinito: ¡Oh, si yo fuera sacerdote...!

Ahora, aun después de tantos años de vida espiritual, de haberme ahondado en el misterio de la Trinidad, desde allí, ante su contemplación excelsa, toda mi alma, en la verdad terrible de la Divinidad, sintiendo necesidad urgente de glorificar a Dios lo más pura y perfectamente que puede, grita: ¡Oh, si yo fuera sacerdote y te pudiera coger entre mis manos unguidas para poderte ofrecer...!

¡Sueños de mujer que sueña cosas que no pueden ser...!

Dar gloria a Dios es como un himno perenne que se escapa de mi *alma-Iglesia*. Ser toda yo una glorificación del Infinito Amor es la necesidad más terrible que Dios ha puesto en mi pobre ser.

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! ¡Si yo pudiera celebrar mi Misa...! ¡Si me fuera dado acercarme al altar de Dios, e introducirme con mis vestiduras sagradas en el *Sancta Sanctorum* del misterio divino, donde el alma enamorada encuentra todo su gozo y su alegría, porque en él ofrece y se ofrece, dándose al Dios Trino en entrega total, al Santo que, en victimación incruenta, da a Dios todo honor y gloria...!

Si yo fuera sacerdote y cogiera en mis manos la blanca hostia que habría de consagrar

para gloria de Dios y de todas las almas, todo mi ser se pondría en manos del Sacerdote eterno, para que Él me utilizara según su voluntad; y yo me retornaría al Don divino en don de entrega incondicional, como víctima que necesita ser comida para la gloria perenne de la Trinidad y bien de todos los hombres.

¡Oh...! En el momento del ofrecimiento, de la donación, ¡toda mi vida en manos de mi eterno Sacerdote, sin miedo, en entrega total a su voluntad amorosa!; ¡todo mi ser en la paterina, preparándose para la consagración donde, unida con Cristo, sería, con Él, Cristo que daría al Padre todo honor y gloria!

¡Oh momento del ofertorio en el que yo diría al Amor divino requiebros de amor, siendo respuesta amorosa a su Don, a ese Don que Dios, a través mía, querría comunicar a todas mis almas...!

¡Si yo fuera sacerdote y pudiera ofrecer mi hostia al Padre y el cáliz de la salud...! Éste sería el momento de la entrega al Amor infinito, y momento también de ser recibida por el Sacerdote eterno: «Recibe, oh Padre Santo, esta hostia inmaculada»² y este cáliz, y, con él, recibe todo mi ser en respuesta de amor a tu Don.

² Liturgia romana: ofertorio.

¡Si yo fuera sacerdote y pudiera decir al Amor: Recibe, oh Padre, a tu sacerdote con tu Eterno y Sumo Sacerdote para que, siendo los dos uno ante tu acatamiento, eleven ante tu altar perfumes de incienso y holocaustos aceptos que sean, ante Ti, una alabanza de tu gloria y para tu gloria...!

¡Oh, si yo fuera sacerdote...! ¡Qué requiebros de amor para mi Hostia, respondiendo a la predilección del Eterno...! Toda mi vida sería una preparación para mi Misa y una acción de gracias de ella.

¡Cómo vibraría mi alma al acercarse ese Gran Momento de la Consagración...!, ¡el gran momento de mi vida...! Sí, éste sería el gran momento de mi vida sacerdotal; el Momento de la Consagración, en el cual la criatura, sintiéndose elevada a la dignidad de sacerdote, experimenta que es el escogido, el ungido, el confidente, y el que tiene en sus manos consagradas, por vocación divina, el poder de dar a Dios la gloria máxima que en el cielo y en la tierra se le puede dar.

¿Dónde están los ángeles para que le den a Dios la gloria que le da el sacerdote de Cristo? ¿Dónde hay criatura creada que sea levantada a la dignidad terrible de hacer bajar de los cielos al Dios vivo? ¿Cuándo se vio a toda la corte celestial postrada, rostro en tierra, en espera

sorprendente, adorando este momento terrible, en el cual tú, sacerdote, pronuncias sobre ese pedacito de pan las palabras de consagración y de vida que hacen al mismo Dios intocable correr presuroso, ante tu mandato, a meterse en aquella hostia blanca para ser ofrecido por ti ante la inmensidad de la Majestad divina?

¿Cuándo pudiste soñar, oh hombre, en ser tú, pequeñito e imperfecto, lleno de miserias y aun de pecados, el que tuviera a todo el cielo esperando ese momento, ¡ese gran momento!, en el cual el seno del Padre se abra para darte su Verbo, Verbo que tú tendrás en tus manos para que le trates según te plazca? Hombrecito, ¿no mueres de pavor ante tu gran momento? ¿Te diste cuenta alguna vez de esta realidad de la consagración?

¡Ay sacerdote de Cristo, padre de mi alma e hijo mío...! ¡Si yo fuera sacerdote y pudiera tener al Verbo de la Vida en mis manos consagradas y pudiera decirle todos mis requiebros de amor, retornándome a su Don infinito con mi don...! ¡Si yo hubiera podido tener esta gran dignidad de poder llevar y traer al Dios del cielo, de lograr que, ante mi voz imperiosa, toda la corte celestial hubiera contemplado a la Majestad infinita descendiendo hacia mí...!

¡Ay sacerdote de Cristo, si mi pobre ser se hubiera visto alguna vez con esa hostia blanca

en sus manos, y hubiera podido pronunciar sobre ella las palabras que el mismo Cristo pronunció la noche de la cena y que hubieran hecho descender a la Santidad infinita a mi llamamiento, para ser ofrecida por mí al Padre, como himno supremo de alabanza infinita de su gloria...! ¡Si yo hubiera podido ser tan Cristo como tú, que no hubiera necesitado más que pronunciar esas divinas palabras para convertir un pedacito de pan en el Verbo de la Vida...!

¿De dónde a ti que, ante tu voz, todos los cielos se postren y el mismo Dios obedezca a tu mandato? ¿Quién eres tú y a qué dignidad te ha levantado el Altísimo, que puedes decir en derecho de propiedad: «Esto es mi Cuerpo»? Palabras que han sido puestas por Dios en tu boca para que tú puedas arrancar así, del pecho divino de la Trinidad, a la segunda Persona y traerla a la tierra. ¿Cuándo pensaste hacer tal milagro que el pan y el vino se convirtieran, ante tu voz de hombre pecador, en el Cuerpo y la Sangre del Verbo Encarnado?

¡Oh...! Si yo hubiera sido sacerdote, tal vez no hubiera podido celebrar más que una Misa. Quizá, a mi alma pequeñina e imperfecta, no le hubiera quedado lugar a más, ya que todo mi ser se hubiera retornado al Infinito en respuesta amorosa a su Don. Y, ante este Don trascendente a tu alma de sacerdote, ¿qué res-

puesta puedes dar sino tu misma vida en oblación y destrucción total del «yo»?

Si yo hubiera sido sacerdote, tal vez sólo hubiera habido para mí un Gran Momento; porque, pasado éste, mi alma habría atravesado los linderos de la eternidad. No sé si mi don hubiera podido ser menos que la destrucción de mí ser que, en respuesta amorosa, necesitaba responder al Infinito.

Si yo hubiera sido sacerdote y hubiera tenido la Hostia inmaculada entre mis manos y hubiera podido levantarla en alto para mostrarla a mis hermanos, ¡oh, qué requiebros de amor...!, ¡qué respuesta...! ¡Toda mi alma, un beso para besar al Infinito ante su abajamiento hacia mí! Postrada y anonadada, ¡cómo se retornaría a este Don terrible que incondicionalmente se me daba...!

Mi vida entera de sacerdote sería un ofrecimiento de víctima a la Víctima inmaculada, que se ponía en mis manos para ofrecerse al Padre, y en este momento, ¡el terrible momento de mi vida!, ante mi pequeñez y el gran misterio que por mí se obraba, yo sería un requiebro de amor, una donación de entrega, una adoración incesante en respuesta a su Don.

¡Ay sacerdote...! Aprovéchate de tu Hostia, quiérela, ámala. No desperdicies este terrible Momento de la Consagración. Date al Infinito

sin miedo; ponte en sus manos para que te utilice según su voluntad; sé todo tú un sí al Amor eterno que tan incondicionalmente se te entrega. Es el gran momento de tu vida, tal vez el último... ¿Sabes si mañana volverás a consagrar tu Hostia? ¡Es el gran momento de responder al Amor con tu don!

Sacerdote de Cristo, en este instante terrible de la Consagración, ¡atento!, ¡activa tu fe!, ¡viva tu esperanza!, ¡afirma tu amor! y contempla en un gran silencio, en una profunda adoración... ¡que está para abrirse de un momento a otro el seno de la Trinidad inmutable que, en actividad infinita, se es tres divinas Personas! Y en ese mismo instante el Padre está, en un recato indecible de Virginitad eterna, dando a luz al eterno *Oriens*. [...]³

¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Silencio...! ¡Que está engendrando el Padre su divina Palabra para dártela a ti, sacerdote de Cristo...!

¡Silencio...! ¡Contempla cómo, en este instante, el seno del Padre se abre en un engendrar eterno de amor infinito, y en ese mismo instante sublime de virginitad intocable y de santidad eterna, el Padre está engendrando a su

³ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

Verbo para ti...!, ¡para ti...! Es la respuesta del Padre a tu palabra de sacerdote, ungido para ser ante Él mediador entre el cielo y la tierra.

¡Oh palabras terribles las del sacerdote...! Sacerdote de Cristo, en el momento que tú pronuncias las palabras de la consagración, el seno del Padre se abre engendrando a su Verbo para ti y te lo da en el amor del Espíritu Santo. ¡Toda la Trinidad está inclinada hacia ti, y ante tu palabra, el Padre responde con su Palabra infinita a tu llamamiento, y como don, te da a su Verbo, en el amor eterno del Espíritu Santo! [...]

¡Silencio...! ¡Adoración...!

¡Están las tres divinas Personas inclinadas sobre ti...!

¡Oh [...] el Momento terrible de la Consagración...!; ese instante-instante de respeto indecible..., de majestad soberana..., de adoración profunda..., en el cual toda la Trinidad está inclinada sobre el sacerdote pequeño para darle su Don.

El Padre le da su Verbo. El Espíritu Santo se lo entrega en unión con el Padre, como donación de amor. El Verbo, presuroso y contento, se hace Pan...

¡Oh sacerdote del Nuevo Testamento...! Toda la Trinidad infinita acude a tu palabra y se

inclina favorable hacia ti para dársete. ¡Pero toda la Trinidad, en actitud amorosa, te pide tu respuesta a este gran momento de su Don! [...]

Estoy viendo a la Trinidad en su majestad soberana inclinada sobre el sacerdote, y a éste ¡tan pequeñín ante la majestad inmensa de la terribilidad de Dios...! Al verlo tan inconsciente, siento compasión de él y una gran necesidad de ayudarlo.

¡Ay sacerdote de Cristo, pequeñito ante el gran misterio de la Trinidad...!

¡Ay sacerdote de Cristo, cómo te veo...! ¡Pero qué pequeñito eres ante este gran misterio de la santa Misa...!

¡Ay sacerdote de Cristo...! ¡Pobrecito! ¡Qué pequeñín ante la terribilidad terrible de la Trinidad, a pesar de ser tan excelsa tu dignidad...!

¡Ay...! ¡Pobrecito sacerdote, hijo mío y padre de mi alma...! ¡Pero qué pequeñín ante la terribilidad terrible del serse del Ser, que se te da en Don y te pide tu respuesta...!

¡Pobrecito...! ¡Cómo te veo ante la contemplación del Intocable, que, en la esplendidez de su majestad eterna, desde las alturas, espera tu palabra para abajarse, en el milagro más sorprendente que la mente del hombre pudiera vislumbrar...!

Te veo tan pequeñito... ¡y clamando con voz potente por la fuerza que la unción sagrada dio a tu palabra, capaz de abrir el *Sancta Sanctorum* de la Trinidad, descorriendo el velo del Templo para pedirle que pronuncie su Palabra para ti, realizándose, por esta palabra tuya, como un nuevo misterio de la Encarnación...!

¿Qué eres tú, hombrecito...? ¡Ay sacerdote de Cristo...! ¡Ay...! ¡Ay hijo mío! ¡Pobrecito...!

Estoy llorando de anonadación, de respeto, de amor y pavor ante esta realidad terrible que mi alma contempla.

¡Ay, si yo fuera sacerdote...! ¡En este momento moriría...! Aún no sé si, por verlo, podré vivir.

¡Ay sacerdote de Cristo, pobrecito...! ¡Responde como puedas al Amor...!

¡Ay, sacerdote de Cristo!, ¡responde...!, ¡responde a la Trinidad que se te da en Don, como sepas, como puedas!

¡Qué pequeño eres ante la terribilidad terrible del Momento de la Consagración...! [...]

¡Ay el Santo Padre...! Con ser el Santo Padre, Juan XXIII, ¡ay, qué pequeño ante el Momento terrible de la Consagración...!

¡Ay, hijo mío!; ¡responde...!, ¡responde...! ¡Responde a la Trinidad que se te da en Don, como puedas! Adora, ama, póstrate rostro en tierra... [...]

¡La adorable Trinidad, inclinada sobre el sacerdote del Nuevo Testamento en el Momento de la Consagración...! Y ¡qué terrible...!, ¡qué terrible...!

Voy a morir de amor y dolor... Mi alma sólo puede llorar en silencio.

¡Gracias, Amor...!, ¡gracias, Amor...!, ¡gracias, Amor, porque no me has hecho sacerdote...!

¡Ahora comprendo por qué no me has hecho sacerdote! ¡Ahora comprendo...!

No tengo gracia para ser sacerdote. Por eso siento que me muero ante la terribilidad del Gran Momento de la Consagración.

¡Ay...! ¡Gracias, Amor, gracias...! ¡Gracias porque no me has hecho sacerdote! ¡Qué bien comprendo a San Francisco de Asís...!

El Dios terrible, de Majestad soberana, inclinado... ¡inclinado...!

¡Toda la Majestad infinita del Ser, inclinada sobre el sacerdote...! No postrada, ¡no!; inclinada... No en adoración, ¡no!; en derramamiento sobre él...

¡Toda la Trinidad esperando, sacerdote de Cristo, pequeñín, tu gran palabra para venir a ti...!

Toda la Trinidad esperando que tú pronuncies tu palabra para derramarse sobre ti en el

Verbo. ¡Esperando para hacerse, el Verbo de la Vida, Pan...!

¡Toda la Trinidad, ante tu mandato, presurosa, obedece...!

¡Ay sacerdote, sacerdote...! ¿Qué te hizo Dios al ungirte sacerdote...? Ya sé que no lo pensaste mucho el día de tu ordenación.

Pero ahora yo te digo: ¡mira que eres sacerdote de Cristo...! Hijo mío, sé pequeño. ¡Por amor de Dios!, sé pequeño para que, ante tu pequeñez, el Amor infinito se complazca.

¡Te veo tan pequeño..., tan nada...!, ¡y eres tan sublime ante el acatamiento de la Trinidad...!

Responde como puedas, arrójate en tierra, adora, llora, ¡muérete, si no sabes cómo responder!

¡Qué terrible es ser sacerdote...! ¡Pobrecito...!

Responde, hijo mío, siendo pequeño. Arrójate en brazos de la Santidad infinita, adórala. Besa ese punto del engendrar divino, que todas las mañanas se abre para ti en la consagración.

Eres tú, sacerdote de Cristo, el llamado por vocación divina a entrar en este *Sancta Sanctorum* de la Trinidad. Eres tú el que tienes que

meterte dentro del seno de la Trinidad y besar ese instante-instante de engendrar el Padre a su Verbo para ti, besando con el Espíritu Santo a ese mismo Verbo que sale presuroso ante tu palabra.

Anda, sacerdote de Cristo; ante la terribilidad terrible de este gran misterio, arrójate en brazos de tu Padre Dios, y, lleno de confianza, espera, confía en el amor infinito que la Trinidad te tiene.

Dios no te hizo sacerdote para condenarte, no; sino para que le glorificaras y para salvar a las almas por tu medio.

Tienes en tus manos al Dios terrible de majestad soberana, y tienes en tus manos la salvación del género humano.

Mira, escucha lo que te digo: Si, ante tu voz, el Padre abre su seno y te da a su Verbo en el amor del Espíritu Santo, y las tres divinas Personas de conjunto se entregan incondicionalmente a ti, ¿habrá algo que tú le pidas que no te sea concedido?

Si tú ejerces tu sacerdocio haciéndote pequeño, y el mismo Dios se te da así, ¿habrá algo superior a Él mismo que no pueda dársete?

Si no consigues de Dios todo lo que le pides, será porque no se lo pides, o porque tu

palabra no es tan eficaz como la de la consagración. Si tu oración no es escuchada, no es porque Dios no responda a tu palabra, sino porque tu palabra no es según Dios.

Ya sé que la palabra de la consagración es distinta a tu palabra. Ante aquélla el mismo Dios obedece. Pero si Dios quiso poner esta eficacia en tu palabra de consagración, si tú eres según su voluntad, ¿no podría ser tu oración más eficaz y tu petición más certera...? ¿No ves que al decir tú: «Esto es mi Cuerpo», «Ésta es mi Sangre», toda la Trinidad se te da? ¿Por qué no te haces tan Jesús, que siempre que tú mandes el Cielo obedezca?

Si así fuera, tú que lees esto, sacerdote de Cristo, tú solo, ¿no serías con Cristo salvación del género humano? Si en verdad puedes decir: «Esto es mi Cuerpo», «Ésta es mi Sangre», ¿qué habrá que tú no puedas decir, sacerdote de Cristo?

¡Oh, ahora comprendo por qué yo no puedo ser sacerdote! Tal vez si yo hubiera sido sacerdote, en el Momento de la Consagración, al recibir esta luz que hoy he tenido, hubiera muerto. Por eso, tal vez, Dios no me hizo sacerdote.

Encuentro en mí una terrible imposibilidad, después de conocer el gran misterio de la

consagración, para ser sacerdote. Por eso ya no puedo decirte: ¡Si yo fuera sacerdote...! Porque veo que, desde hoy, hay en mí una imposibilidad proporcionada por el conocimiento terrible de la dignidad del sacerdote. Pero a ti, sacerdote de Cristo, hijo de mi *alma-Iglesia*, yo, con María Inmaculada, la Madre de los sacerdotes, te digo: Vive tu sacerdocio, actúate en tu Gran Momento, da gracias por este privilegio inexpressable, inexplicable, incomprensible e inimaginable del sacerdocio.

Sacerdote de Cristo, ¡te veo tan pequeño ante la Trinidad...! Y yo te venero, y te pido que implores por mí ante la misma Trinidad. Tan fuerte ha sido el conocimiento que he tenido hoy, que ya en mi oración de hija pequeña de la Iglesia siempre iré poniendo tu alma de sacerdote delante para que el Padre me dé la divina Palabra. Eres tú, mi pequeño sacerdote, el que tienes que darme a mí al Verbo de la Vida.

¡Ay sacerdote, sacerdote...!, procura ser pequeño para presentarte ante el Padre, agarrado, apoyado y fundido con el eterno Sacerdote. Y así, confiado, di tu palabra de consagración y responde al Don que se es Dios para tu alma en ese instante; responde incondicionalmente, date sin reservas. Anda, en silencio, adora, dile que sí y date a Él tú también como hostia con tu Hostia, para que se obre en ti a manera de

una transubstanciación, y seas Cristo para gloria de Dios y salvación de las almas.

Sacerdote... Mediador... ¡Estás en el Gran Momento de tu vida! ¡Estás entre el cielo y la tierra transubstanciando tu hostia! ¡Ejerce tu sacerdocio...! ¡Sé puente propicio entre Dios y los hombres! Y que tu oración sea tan grata, tan acepta ante Dios, que no haya gracia, ni don, ni deseo que, ante ti, quede sin cumplirse.

Que seas tú por tu sacerdocio el que atrapes al Amor divino y el que te presentes a Él en nombre de todos tus hermanos para que, por tu medio, todos reciban la salud que por ti Dios quiere comunicar, a través de este Gran Momento, a todos los hombres.

Mira, sacerdote de Cristo, como ya te he dicho: a tu palabra el seno del Padre se abre ante la sorpresa también de todos los bienaventurados, y Dios se hace Pan. Y tú ¿qué dices?, ¿qué respondes a esta donación del Amor a tu mandato? ¿Qué le retornas tú al Don infinito que es Dios ante ti? ¿Cómo correspondes a este Don que se te da tan incondicionalmente? ¿Cuál es tu don ante el Don de Dios hecho Hombre, de Dios hecho Pan por tu palabra? ¿Qué palabra eres tú para Él? ¿Qué le dices? ¿Cómo te das?

¡Ay, sacerdote de Cristo, si yo hubiera sido sacerdote y en algún momento hubiera podido

vivir este Gran Momento que tú ahora vives...! Ya sé que no hay don para tal don; pero mira qué respuesta tiene la Trinidad a tu palabra... ¿Cómo respondes tú a la suya cuando te pide toda tu alma en don para su Don?

Tal vez algún día pudiste hacer algo rutinario de este Gran Momento. Y, ¿no lloras toda tu vida? ¿Crees que es un momento más que ya pasó? ¿No sabes que cada uno de los momentos de tu Misa, y en particular éste de la consagración, serán los que se presenten ante ti en el día del Juicio?

Ya sé que, si yo hubiera sido sacerdote, lo hubiera hecho como tú tal vez, y aún peor. Pero quizá por no tener esa gran suerte, ni haber recibido esta gracia inmensa, aprecio más este don del sacerdocio que el Amor tan gratuitamente dio a tu alma.

Pero mira, aunque te veas pequeño y sientas miedo, aunque no sepas cómo obrar con tu Hostia, ni cómo responder a tan gran Don, aunque sólo deseos de llorar sientas ante mi canto a este Gran Momento, no desconfíes, porque de los pequeños es el Reino de los Cielos. Arrójate en brazos del Amor, ya que, aunque tengas la gran dignidad de ser sacerdote, eres criatura y pequeño.

Por eso, confía en el amor del Bueno que te hizo sacerdote, no para condenarte, sino para

confiarte su secreto, para que fueras Él por transformación, para que te arrojaras en sus brazos y, ante el gran misterio de esta predilección para con tu alma y la impotencia de corresponder a tan gran regalo, te arrojaras como el pequeñuelo en el regazo de su padre, y allí lloraras de agradecimiento y amor, por la gracia incomprensible de tu sacerdocio, y pudieras acercarte al altar de Dios con gozo y alegría, ofreciéndote y ofreciendo en el *Per Ipsum* a la Santidad infinita; y apoyado en esa misma Santidad, des a Dios, «por Él, con Él y en Él», «todo honor y gloria».

Si eres pequeño, no tienes que tener miedo. Y si eres *grandote*, urge que te hagas pequeño, ya que si eres inconsciente del gran momento de tu Misa, al ser pequeño, le corresponde a tu Padre Dios cuidar de ti y prepararte para ese gran momento.

Pero si eres sacerdote y ni siquiera eres pequeño, y te llegas al altar de Dios inconsciente, sin prepararte, ¡después de tantas misas! ¿qué harás el día del Juicio? Porque a los pequeños los juzgarán en el amor; pero si a ti te tienen que juzgar por tus acciones...

Procura ser pequeño, y si esto consigues, no te preocupes más, ya que los pequeños todo lo confían en el amor de sus padres.

Ha pasado el Gran Momento de la Consagración y, con él, el gran momento de tu vida. Pero aún te quedan, dentro de la Misa, otros grandes momentos que tú tienes que poner por obra.

¡También aquí siento verdadera envidia! Ya sabes tú, sacerdote de Cristo, hijo mío y padre de mi alma, que mi única alegría consiste en darle gloria a Dios. Por eso, ¿me dejas que, contigo, unida a tu Misa, yo, en tu *Per Ipsum*, dé gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo? Pues, aunque no puedo ser sacerdote, Dios me hizo virgen sacerdotal, madre-Iglesia, y necesito, con todas mis almas hijas, darle a Dios todo honor y gloria, unida a ti, sacerdote de Cristo.

Es el momento del cántico glorioso de la Misa, es el momento de dar gloria a Dios; y tú, «por Él, con Él y en Él», le das todo honor y gloria.

Déjame que, unida contigo, yo también le dé a mi Dios todo honor y gloria. Ya sé que en mi Misa yo lo hago; pero, después de haber conocido la dignidad terrible de tu sacerdocio, necesito celebrar mi Misa respaldada por ti y unida a ti. Y al verme tan pequeña y con esta necesidad tan terrible, tan urgente y tan casi infinita de dar gloria a mis Tres, yo imploro tu favor para llenar esta necesidad que me anega el alma.

Es ahora cuando puedes dar a Dios la gloria que Él espera de tu alma de sacerdote, ¿cómo respondes?

Es necesario que tú te alegres en la gloria infinita del Amador eterno, respondiendo a su Don con tu alegría ante su gozo. Gózate en que Él es feliz, alégrate en que Él es dichoso, y entonces toda tu alma, como en un júbilo de triunfo, romperá con el Sacerdote eterno, «por Él, con Él y en Él», dando a Dios todo honor, alabanza y gloria.

Es el momento de corresponder al Amor dándole gloria por su inmensa Majestad. Dile ahora lo que tal vez en el Momento de la Consagración, por ser tan terrible instante, no supiste. Dile cómo todo tú quieres ser una alabanza de su gloria, una respuesta a su Don.

Vive este instante de la glorificación de Dios con la máxima intensidad que puedas, gozándote en que Dios sea Dios. Olvídate de ti y alégrate con los bienaventurados en el contento de Dios, dándole todo honor y gloria en agradecimiento de que Él sea quien es. Haz un acto de amor puro que se goza por ser Dios quien es. Ámale por Él, en Él, sin ti, para que Él sea glorificado. No dejes pasar este momento sin dar a Dios la gloria que Él de ti esperaba desde toda la eternidad, y permíteme que yo me asocie a ti, para desahogar esta necesi-

dad inmensa que me abrasa de dar gloria a Dios.

Y así, con el alma llena de agradecimiento, de anonadación y de júbilo, entona el Padrenuestro, preparándote para el terrible instante de la consumación del Sacrificio.

Invoca al Padre que está en los cielos, con todo el amor de tu alma siendo pequeño; pide perdón de todas tus miserias y perdona a cuantos te ofendieron. Y así, ardiendo en el amor divino, bajo tu indignidad, recibe ese Pan de Vida que desde toda la eternidad, amándote con predilección infinita, te escogió para que tú mismo pudieras comerte la Hostia que, como sacerdote, consagraras.

El Verbo de la Vida palpita en necesidad terrible de entrar en ti, de introducirse en tu alma. Y tú ¿estás inconsciente e inactivo...? ¡Mira que es el Verbo de la Vida, Aquel que tú sacaste del seno de la Trinidad en el Gran Momento de la Consagración, el que está esperando para que tú te lo comas y así sea consumado el Sacrificio del altar, reproducción viva de aquel Sacrificio cruento de la cruz!

La Misa va a terminar y Dios está esperando también ahora. ¡Está pendiente de que tú te comas tu Hostia para consumir el Sacrificio! Eres tú, sacerdote del Nuevo Testamento, el que dis-

te comienzo a este gran acto, y el que tienes que coronarlo.

En verdad puedes decir con Cristo: «Todo está consumado»⁴. «He terminado la obra que me encomendaste»⁵. Ahora, Padre eterno, si quieres, puedes llevarme a Ti. «En tus manos encomiendo mi espíritu»⁶. Dispón de tu siervo según tu voluntad, y ante mi indignidad, anonadado y postrado por tu infinita excelsitud, adoro y te pido que tengas piedad de mi miseria, y que, apoyado en tu seno, me lleves a Ti cuando te plazca recoger el alma de tu siervo. Con mi Misa «todo está consumado».

Por eso, cada día, al comulgar, pon tu espíritu en manos de Dios, ya que la Víctima inmaculada ha sido inmolada por ti y tú debes ser consumado en Él y por Él.

Ahora, sacerdote de Cristo, ¿cómo has de responder al Amor? ¿Qué has de decir a la Víctima infinita que en tu pecho se oculta? ¿Cómo ha de ser tu respuesta a la terminación del Sacrificio?

Me creo demasiado pequeña para decirte lo que has de hacer. Después de todo lo expresado, mi alma está en expectación, venerándote, en acción de gracias. Y al venerarte a ti, mi veneración es doble, porque en ti y a través tu-

⁴ Jn 19, 30.

⁵ Jn 17, 4.

⁶ Lc 23, 46.

ya, por ti, por ser tú sacerdote, yo puedo adorar al Dios hecho Hombre, al Dios hecho Pan, en tu alma.

Date incondicionalmente al Amor, ámale como nunca le amaste. Sea tu Misa cada día el principio y el final de tu vida. No hagas rutina de este terrible Momento que el Inmenso te regala cada día para su glorificación, santificación tuya y de todas las almas.

Pero anda, sacerdote de Cristo, con tu Hostia dentro de ti, prepara la Hostia que para mí consagraste; que yo también quiero consumir mi sacrificio comiéndome a mi Víctima. Y, aunque tengas ganas de decirle muchas cosas al Amor, piensa que mi alma enamorada espera que tú me des ese Pan de Vida. Yo también he celebrado contigo mi Misa, ya que, por ser tan pequeña, no pude tener la dignidad de ser sacerdote. Yo también soy madre sacerdotal que espero, como María en el Cenáculo, la comunión de manos de los Apóstoles.

Toda la Misa ha sido para ti en un coloquio de amor. Primero de entrega, después de misterio y donación por parte de Dios y tu alma; has dado a Dios la gloria que tu alma necesitaba, y, por fin, te comiste tu Hostia. Y ahora anda, no tardes, dame a mí la mía, ¡la que tú consagraste para mí por ser sacerdote!, esa

Hostia que fue transubstanciada para que yo, por tu medio, pudiera también comulgar a Dios. Anda, no tardes, dame mi Hostia con todo el cuidado, respeto y amor que Dios exige de ti al repartirla.

¡Ya ves que tú eres el que mandas...! ¡A ver qué haces con tu Hostia y con la mía...! Yo necesito comer a Dios para consumir mi sacrificio, y estoy esperando que tu mano de padre y pastor lo deposite en mi boca. Eres tú quien me da la Vida divina en mi Hostia, quien me hace feliz.

¡Ay sacerdote del Nuevo Testamento! Si hubiera caído sobre mí la gracia de ser sacerdote, en este día de hoy ¡cómo hubiera celebrado mi Misa...!

Tal vez una sola hubiera podido celebrar en mi vida, ante el conocimiento terrible que he tenido del Gran Misterio de la Consagración.

Por eso te pido que escuches este pobre canto que esta indigna hija de la Iglesia entona a tu alma: responde al Amor con tu don total. No te mires. Procura vivir de Cristo, y ser pequeño para que te juzguen en el amor.

9-12-1975

SI MURIERA DE TANTO ADORARTE

Déjame, mi Señor, que te adore
y me muera de tanto adorar
cual lo ansía mi alma llorosa,
en urgentes nostalgias de amar.

Déjame que te diga, adorando,
cuanto oprimo en mi corazón.
¡Déjame, que me ahogo en las penas
de saber que algún día te dije que «no»!

¿Qué me importan las penas que oculto
en los pliegues de mi contención,
si consigo con ello alegrarte
con respuesta de entrega a tu don...?

Mi pobreza quisiera aplastarme,
tu grandeza enaltece mi amor;
déjame que adorante descanse,
¡déjame, déjame, mi Señor!

¡Si muriera de tanto adorarte...!
¡Si rompiera en canciones mi voz...!
¿Qué me importa la vida o la muerte?
¡Sólo busco tu gloria, mi Dios!

Cuando rompo en locuras de amores,
clamo en versos de pobres acentos,
expresando cuán ruda es mi voz.

**EUCARISTÍA... PAN DE VIDA...:
DIOS QUE SE NOS DA
POR SUS UNGIDOS
EN EL SUBLIME Y DIVINO
SACRAMENTO**

Del libro «Frutos de oración»

934. Dios está en la Iglesia, dándose a través de los obispos, por medio de la Liturgia. (15-11-68)

935. Los obispos son para mí en la Iglesia el gran Sacramento, porque por ellos los Sacramentos son prolongados y comunicados a los hombres. (15-11-68)

940. ¡Qué a gusto está Jesús cuando sus obispos oran! Todas sus complacencias son para ellos, ¡las Columnas de la Iglesia...! (23-6-74)

« TERNURA Y POESÍA...

Ternura, poesía en donación
eterna e infinita...,
Amor que se da en espera
callada y divina...,

silencio sorprendente y amoroso:
¡Eucaristía...!

Misterio que la mente
no comprende por secreto,
entrega deslumbrante
del Dios bueno.

Jesús que nace, vive y muere,
¡misterio...!
y resucita para dársenos
sin término
por la Liturgia y la Iglesia,
en nuestro tiempo.

¡Qué dulce es pronunciar el nombre
de Jesús
en la oración secreta y sonora
del silencio...!

Respeto, si le nombro;
dulzura, si le siento;
¡ternura y poesía es mi Jesús,
cuando le tengo! »

16-3-1969

«Frutos de oración»

941. ¡Qué amor de predilección el que tiene el Señor a tu alma de sacerdote...! Responde, hijo querido, como puedas, que el Amor te pide tu don de amor a su don. (9-9-63)

942. Entra hondo en el secreto del Eterno que, ardiendo en ansias infinitas de dársete y comunicarte su secreto, te ungió sacerdote. (1-10-63)

943. El sacerdote es el que más se asemeja a María, pues recibe al Verbo infinito del seno del Padre para comunicarlo a las almas. (1-2-64)

944. El vivir de María fue una adhesión completa a todos los movimientos del alma de Cristo en su vida, misión y tragedia, con el matiz de Virgen-Madre. Ésta ha de ser también la postura que configure toda la vida del sacerdote del Nuevo Testamento. (25-10-74)

945. Ungido y predestinado por Dios para ser donador de lo sagrado, ¡si conocieras bien el misterio que a través de los Sacramentos, por tu medio, Dios quiere dar a los hombres, temblarías en la repartición de estos bienes sobrenaturales! Pero, tal vez, por falta de conoci-

miento de Dios, al perder el contacto con Él, llegas inconscientemente a jugar con tu Hostia sin ver en ella al Verbo de la Vida Encarnado. (17-12-76)

946. Sacerdote de Cristo, ¿puede el Señor llamarte «amigo», porque te ha manifestado lo que oyó del Padre...? En la medida que le escuches, le darás almas y apagarás su sed. (12-5-64)

947. No puedes perder tiempo, ya que toda la humanidad te grita: ¡a ver qué haces para que vivamos la vida de Dios que por medio de su Iglesia, a través tuya, Él quiso comunicarnos! (4-9-61)

948. Quiero sacerdotes para Ti, mi Señor, solamente para Ti... Mi clamor es un grito desgarrador ante el Cristo Grande, tirado en tierra bajo el poder de las tinieblas. (26-3-75)

950. Danos, Señor, sacerdotes sencillos según tu corazón, pues la soberbia, la confusión, el respeto humano e incluso la mala voluntad de algunos, asfixian a los pequeños que, asustados, se esconden, esperando el momento de su liberación. (31-3-75)

« JESÚS, VI TUS OJOS EN LA NOCHE

Vi tus ojos que, en la noche,
asomaban a mi ser como luceros,
y brotaron en mis sombras esperanzas,
y surgieron los latidos de mi pecho
en quejidos lacerantes
de consuelo.

Vi tus ojos que ocultaban, como perlas,
el lagrimear penante y lastimero
que empapaba las mejillas de tu cara
ante la traición sangrante y dolorosa
del amigo traicionero.

Vi tus ojos que, en la noche,
me pedían mi consuelo
olvidando mis penares
y confiando en los Cielos.

Vi tus ojos que, en mi noche,
brillaban como luceros. »

15-5-1971

«Frutos de oración»

866. La luz de la fe me hace saborear el misterio de la Eucaristía, introduciéndome en el secreto de su realidad. (17-10-72)

867. La Iglesia es como un misterio de eucaristía: Dios viviendo con el hombre y el hombre viviendo con Dios la vida infinita, y haciéndola vivir a los demás bajo «especies» creadas. (17-1-67)

868. La Misa es la recopilación de todo el Misterio de Cristo en su universalidad total, participado por todos nosotros. (9-1-67)

869. En cada uno de los actos de la vida de Cristo, se contienen misteriosamente todos los demás; y el Sacrificio del altar es la manera que Él, en su infinita sabiduría, sacó para perpetuar toda su vida entre nosotros. (9-1-67)

46. En la Eucaristía se resume y se nos da toda la vida de Cristo: comunicación trinitaria, encarnación, nacimiento, vida, muerte, resurrección, ascensión y última venida; y no sólo eso, sino, misteriosamente, el compendio del Cristo Universal que encierra en sí a los hombres de todos los tiempos. (9-1-67)

870. En el misterio de la Eucaristía están compendiados todos los demás Sacramentos, que son signos por donde Dios se da al hombre, encerrando cada uno de estos signos la donación de la encarnación, vida, muerte y resurrección de Cristo y hasta su última venida. (17-1-67)

871. La Eucaristía es la manera de estar Jesús realmente con los hombres de nuestro tiempo, como la Encarnación lo fue de estar durante treinta y tres años con los del suyo. (17-1-67)

872. Amándonos, Dios se encarnó; y amándonos hasta la consumación de los tiempos, inventó la Eucaristía. (17-1-67)

873. Amándonos hasta el fin, el Verbo se encarnó y se quedó en la Eucaristía para que seamos uno con Él, con el Padre y con el Espíritu Santo, y uno entre nosotros. (17-1-67)

874. Dios mío, ¿cómo te podré agradecer el Sacrificio incruento del altar, donde la divina Víctima te da a Ti, mi Deidad Trina, toda la infinita gloria y reparación que Tú te mereces? (18-4-61)

875. Yo necesito hacer vida mi Misa diaria, para poder vivir mi vocación y mi ser de Iglesia como Tú me pides. (18-4-61)

876. Mis mañanas pasadas junto a las puertas de la eternidad –en el sagrario– y mi Misa diaria, hondamente vivida, son la llenura completa de mi deseo de Dios, tal como se le puede tener en la tierra. (22-6-74)

877. La Misa es el centro de mi vida; en ella vivo y se me da todo el misterio de Cristo con su encarnación, muerte y resurrección; y yo, en mi medida, ofrezco todo este grandioso misterio a Dios para su gloria y en beneficio de todos los hombres. ¡Qué grande es mi Misa de cada día! (8-1-75)

« MI DIOS GRANDE

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
en su infinito portento,
que es capaz de hacerse Pan
y de habitar en el suelo.

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
tan exhaustivo en su seno,
que se hace cuanto quiere,
y por eso es alimento.

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
en su serse el Sempiterno,
que se hace criatura
para llevarme a su encuentro.

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
que por eso es tan pequeño
cuando se oculta en la Hostia
tras la cárcel de su encierro.

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
que es capaz de ser, sin serlo,
cosas de las que no son,
para mostrar sus portentos.

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
que todo Él rompe en Beso,
para besarme en su ser
en gozo de amor eterno.

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
que me besa cuando peno,
¡haciéndose tan chiquito
como mi pena en el suelo!

Dios es tan grande, ¡tan grande!,
que, en su proceder eterno,
por la fuerza de su brazo,
¡rompe en inmensos portentos! »

28-5-1974

«Frutos de oración»

878. ¡Qué realidad tan excelsa la de la Eucaristía, donde Dios mismo se me da en comida para mi alimento y el de todas las almas! ¡Qué grande es la Eucaristía, donde todos nos unimos en el gran misterio de un mismo PAN, que nos nutre llenándonos de Divinidad...!

(20-11-66)

48. ¡Cómo he comprendido la necesidad de que Jesús esté en la Eucaristía...! Si Él no se hubiera quedado con nosotros por amor, ¿cómo podría nuestro amor vivir sin Él...?

(12-12-74)

879. Mis ansias se llenan cuando recibo a Jesús en la comunión bajo las especies eucarísticas, porque en el destierro poseo a Dios del modo que le ansío. (27-2-73)

880. Acabo de comulgar... ¿Qué más puedo desear? Aquí se llena toda mi apetencia, pues, al estar con Cristo, estoy con el Padre y el Espíritu Santo y, en la misma unión de la comunión, estoy con todos mis hijos y con todos los hombres de la tierra. (20-11-66)

881. Dios es mi Padre y, cuando yo le recibo en la Eucaristía, vivo como nunca mi filiación divina y mi unión con todos mis hermanos. (20-11-66)

882. Acabo de comulgar, ¿qué más puedo querer? Más felicidad no existe, aunque muchas veces experimentalmente no se sienta. (17-10-66)

883. Cuando comulgo, Dios se me da por entero. ¿Qué he de hacer para corresponder a tan gran don? (11-9-62)

884. Verbo de la Vida, cuando Tú te me das en la comunión, me dices tu ser felicísimo y, al recibirte, ¡yo te lo retorno como regalo de amor! (18-9-61)

885. Comulgo para hacerme Tú por participación y poderte cantar, en tu amor, a los hombres; y Tú ¿me aceptas como oblación para hacer de mí el *alma-Iglesia* que Tú necesitas, y así poderte dar a las almas, a través mía, según tu voluntad? (16-4-61)

886. Jesús, necesito comerte bien para saber victimarme y cantar contigo, en la cruz, tu canción de amor y dolor. (16-4-61)

887. ¡Eucaristía...! Infinito Amor escondido en el pecho del que te recibe... ¡Si el alma supiera que en ella está el Dios escondido...! (21-10-59)

20-12-1982

TE BESO COMO PUEDO, DESPUÉS DE COMULGAR

Herido el pecho amante, descansa en tu regazo en horas prolongadas de dulce intimidad...

Yo sé cuánto me amas, Jesús de mis amores, pues te apercibo dentro después de comulgar.

Ternura son tus dones dentro de mis entrañas, requiebros, sin palabras, en hondo reclamar...

Y hoy quiero retornarme, postrada ante el Sagrario, con mi inmensa pobreza en donación total.

Ya sé que este destierro cargado está de penas, de cruces, de tormentos, de congojas sin par... ¡Largos son los senderos de esta vida en tinieblas, que nos lleva entre llantos al gozo inalterable de tu infinito Hogar...!

¡¿Qué importa que yo pene, Jesús de mi sagrario, Señor del Sacramento, en días prolongados, en noches que no acaban por su duro pasar?! Si Tú sigues glorioso en tu inmensa potencia, en tu dulce clemencia, repleta está mi alma de tu eterno gozar...

Tus glorias son mis glorias, cualquiera que éstas sean; su precio nada importa, aunque muera en la lucha de un continuo penar...

¡Qué largos son los días...! ¡Qué negras son las noches de cada peregrino en su peregrinar por el camino largo por el que le conduces, cargado de misterio, hacia la eternidad...!

Mi alma enamorada, después de recibirte en el gran Sacramento obrado en el altar, quiere aceptar de nuevo tu eterna voluntad, sea cual fuere ésta para mi ser herido, que, transido de amores, te busca sin cesar.

Te tengo y te deseo dentro de mis entrañas; te busco y te poseo allí en mi palpitar, clamando por hallarte de nuevo cada día, junto a la Eucaristía, para saber tornarme, después de recibirte, a tu inmensa bondad...

Te amo en las honduras ocultas de mi pecho..., te beso, como puedo, después de comulgar... ¡Y sólo busco ansiosa, en mi vivir sellado por la luz de tus fuegos, gozo poderte dar con mi pecho sangrando y en Ti crucificada, buscando en cada instante llenar todo tu plan!

¿Qué pasará mañana...? pregunto cada día cuando la prueba arrecia sin quererme dejar.

¡Qué importa lo que pase, si Tú estarás conmigo, Jesús del Sacramento, dándote en ali-

mento, en cada encrucijada de mi vida, al pasar...!

¡Qué bellas son tus lumbres cargadas de misterio, repletas de promesas cuando en mi hondura estás...! Yo escucho tus palabras repletas de esperanza, que hablan quedamente sin nada pronunciar.

Tus penas son mis penas, tus glorias son las mías, tu voluntad cumplida tan sólo en mis penares me hace descansar. Lo demás nada importa.

Mi ofrenda por la Iglesia, bien sé que fue aceptada, y hoy quiero ante el sagrario, después de recibirte, ofrendarme de nuevo como en cada mañana, sin mirar cuanto cueste cumplir en cada instante tu santa voluntad.

Te amo, Jesús mío, recibe este día, con toda su pobreza cargada de nobleza, mi donación total.

« EL SUBLIME SACRAMENTO

¿Qué importa el que esté mi cuerpo enfermo,
si Tú, que eres la Vida, estás en mí y yo en Ti
por el sublime y eterno Sacramento...?

¿Qué importa si la cruz me envuelve con sus penas,
o el Tabor me alegra con sus glorias,
si Tú moras en mí y yo en Ti
por el misterio del sublime Sacramento...?

¿Qué importan los penares de esta vida,
con sus duras torturas,
o los gozos que algún día puedan darnos...?
Yo sé, porque mi fe me lo ha enseñado
y en mi experiencia así lo siento,
que Tú estás dentro de mí y yo en tu pecho
después de comulgar,
por el misterio del sublime Sacramento.

¿Qué pueden suponer todas las cosas,
en sus modos distintos de ser y realizarse
a través de la noche del destierro,
si Tú, por ser Amor que puedes,
y Amor que, amando, te entregas sin medida,
estás en mí y yo en Ti, cuando comulgo,
por el misterio del sublime Sacramento...?

¡Es todo tan vacío,
con el pasar veloz de todos los momentos,
que sólo Tú, Jesús de mis amores,
en tu seerte el mismo Verbo,
eres el que te eres por el Padre coeterno
en el Beso amoroso del Espíritu Bueno...!

Y, fuera de esto, ¿qué puedo yo querer
después de comulgar,
cuando Cristo está en mí y yo en su pecho
por el dulce misterio del sublime Sacramento...?

¡El que se es me está mirando, me está besando,
me está infundiendo su mismo pensamiento...!
Y en palabras de amores
yo respondo a su don, dulce y secreto,
de que Él se esconda en mí y yo me sienta en Él
por el ingente amor del sublime Sacramento.

¡Qué dulce es estar con Dios y tenerle tan dentro
por el misterio amoroso que, en su inmenso poder,
se obra en el sublime y divino Sacramento...! »

21-11-1982

«Frutos de oración»

888. La sabiduría infinita del Padre, en delecto amoroso, es dicha en su seno por el Verbo; y esa misma sabiduría está encerrada en el sagrario bajo las especies de un pedacito de pan, en delecto viviente de amor eterno.

(14-9-74)

889. Estoy mirando a Dios oculto en un sagrario; por pedestal una mesa de madera, dos floreros, un paño de altar, un conopeo... ¡Qué tosco es todo! ¡Qué pobre...! Pero ahí y así está Dios, porque es amor. (18-2-65)

890. Descanso cuando adoro; pues, al ponerme ante Jesús Sacramentado es tanta la majestad que apercibo, que a veces no me atrevo a acercarme al sagrario, pues, a pesar de ser el Amor infinito, es también la Majestad Soberana.

(27-9-74)

891. ¡Qué fuertemente y qué hondo se siente a Dios junto al sagrario, donde el Espíritu Santo se hace tan palpitante en cercanía amorosa!

(11-3-75)

892. Las puertas del sagrario son las puertas del Paraíso, porque detrás de ellas se oculta el

Eterno. Por eso, el alma que descubre a Jesús en el sagrario se encuentra con el cielo.

(17-2-73)

49. Cuando en mi vida fatigada experimento que no puedo más, en clamores insaciables del Ser, por las apetencias de su posesión, corro al Sagrario y allí encuentro, en el modo misterioso que me da la fe, la llenura de cuanto necesito; por lo que he llegado a comprender, en un saboreo que es vida, que las puertas del sagrario son los portones anchurosos de la eternidad. (12-12-74)

893. Ante el Sagrario soy feliz, porque mi fe, saboreada en profundos silencios de oración sencilla, me ha hecho saber que las puertas del sagrario son los portones anchurosos de la eternidad, a donde mi esperanza se lanza impelida por el amor infinito del Espíritu Santo, y donde el encuentro perfecto del eterno Sol, en la luz de sus ojos, me descubrirá para siempre, ¡para siempre!, el subyugante rostro de Dios. (14-9-74)

894. El Sagrario es saboreo de Eternidad, cercanía del Padre y amor del Espíritu Santo. (22-12-74)

« LAS PUERTAS DEL CIELO

Busco a Dios del modo extraño
que se nos da en el destierro:
en alegrías de gloria
o en soledades de invierno...

¡Pero no importa al que ama
con nostalgias del Eterno
esperar día tras día,
cuando sabe que un sagrario
es la puerta de los cielos!

Por eso busco en mi vida,
en mis noches y en mis duelos,
en mis torturas de muerte,
en mi martirio incruento,
en mi espera prolongada
y en la noche del invierno,
cuando me cubre la helada,
cuando me ataca el infierno,
¡tras las puertas del sagrario
la abertura de los cielos...!

¿Qué me importa que no sienta
ante mi sagrario abierto,
si la antorcha de la fe,
como luciente lucero,

me dice que ese Pan
es la gloria del Eterno...?!

Por eso, busca, hijo mío,
con incansables desvelos,
con agonías de muerte
y aun con torturas en duelos,
largos ratos de Sagrario,
aunque tan solo apercibas,
en tu penar lastimero
dentro de la oscuridad,
la tragedia del Dios muerto...

¡Busca ratos de Sagrario,
sin buscar más que al Eterno,
sin esperar más que a Él;
sabiendo por la esperanza
que, al fin, se abrirán los cielos...!

¡No te canses, que el amor
no conoce el desaliento!

Por eso, ora incansable
ante tu sagrario abierto,
donde el Señor se ha quedado
en un pequeño Sustento,
para que tú le buscaras
con esperanzas en fuego...

¡Ora incansable, hijo mío,
que mi corazón, herido
por las voces del Eterno,

hoy te lo pide amoroso
con mis clamores en celo...!

¡Ora incansable, hijo mío,
para que gustes el cielo!
Y ora incansable, hijo mío,
dándole a Jesús consuelo. »

9-5-1972

«Frutos de oración»

50. En mi sagrario lo tengo todo, porque el Todo infinito es el misterio trascendente que en él se oculta. Si el hombre supiera el secreto de la Eucaristía, ¿cómo no vendría a refrigerar su sed y a saciar sus hambres a los pies del Sagrario...?! (12-12-74)

895. Al Amor le gusta estar con los que ama, y para eso se quedó en la Eucaristía; por ello, es necesario que amemos al Amor estando grandes ratos con Él. (26-9-63)

896. Dios instituyó la Eucaristía para estar conmigo siempre. ¡El Amor es así! ¿Procuró yo estar con Él? En eso sabré cuánto y cómo le amo. (4-7-69)

897. ¡Qué bien se está en postración total y adoración profunda ante el Amor infinito que, por mi amor, se oculta en la apariencia de un pedacito de pan! (26-9-63)

898. Yo sé que Jesús está en la Eucaristía y me mira, y lo sé porque me lo dice la fe; y eso que la fe me dice, la esperanza me lo actualiza y la caridad me lo vivifica. (11-1-67)

899. Con Jesús en el sagrario, desahogando el corazón, ¡qué bien se está! Él sabe nuestras congojas y el porqué de nuestras lágrimas; por eso, besa al alma con ternura de misterio. (30-10-76)

900. Sólo descanso a las puertas del sagrario, poniendo en el pecho del que amo, los penares silenciados del secreto que en mí encierro. (17-12-76)

901. En esta vida hay algo en lo que tengo puestas todas las fuerzas de mi pobre peregrinar; algo que me mantiene sin pedir urgentemente marchar al cielo; algo que es todo para mí: ¡La Eucaristía! (22-6-74)

902. Sólo hay una cosa que yo cambiaría por mis mañanas de Sagrario: la eternidad. (7-5-76)

« HENCHIDA ESTÁ EL ALMA

Ratos de Sagrario vivo en mi silencio.
Henchida está el alma en su palpitación,
porque orar es gozo de cielo en destierro,
llenuras de Inmenso y fecundidad.

Ratos de Sagrario, ajena a las cosas,
perdida en la hondura de la soledad;
inérito asombro del amante en vela
que escucha a su Amado sin cosas de acá.

Ratos de Sagrario, oración secreta,
que deja adorante al alma en su amar,
que rompa el silencio en conversaciones
que son melodías de inédito hablar.

Ratos de Sagrario, sorprendente encuentro,
pasos del Amado en tierno pasar;
amores de Inmenso, que dejan al alma
en palpitaciones de un cauterizar.

Ratos de Sagrario, horas de silencio
en intimidades de profundidad;
presuntos de gloria, sabor de los cielos,
repletan las hambres en mi caminar.

Ratos de Sagrario,
llenura sin par. »

20-3-1973

«Frutos de oración»

903. Ante el misterio de la Eucaristía, robada por el silencio de su secreto, sobrepasada de amor, adorante, respondo como puedo, a la donación infinita de tu amor. (17-10-72)

904. El silencio de la cruz es cántico de amor eterno a los hombres. Cristo dio la vida muriendo y se da como alimento en el silencio escalofriante de la Eucaristía. ¡Misterios que sólo sabe penetrar el hombre de fe en sabores de Espíritu Santo! (6-1-75)

905. ¡Cuánto silencio el de la Eucaristía, y qué concierto de amor infinito encierra! (1-2-64)

906. La soledad silenciosa del Sagrario es la explicación más expresiva del Amor infinito desconocido y no recibido. (29-1-73)

907. El misterio silente de la Eucaristía en saboro de cercanía de Jesús, es amor que pide amor de entrega en adoración retornativa. (22-12-74)

908. ¡Qué hondo y penetrante es el silencio del Sagrario, que nos trasciende al silencio del

Ser, donde Dios es infinitamente distinto y distante de todo lo de acá...! «Allí» el alma sedienta, descansa en la refrescura de sus inagotables manantiales, bebiendo en los chorros de su saboreable sabiduría amorosa. (11-12-74)

909. El concierto infinito del eterno Silente, se escucha tras las puertas del sagrario, cuando sólo se busca dar descanso al Amor ultrajado por el desamor. (3-2-76)

910. Cuando me quedo en silencio, empiezo a perder todo lo de acá, y me siento introducir «allí» en una suavidad sagrada; y, poco a poco, comienzo a apercibir un silencioso concierto, que son voces del Eterno, en amor infinito de comunicación amorosa. (3-2-76)

911. Ante el secreto del Sagrario apercibo el silencio del Ser, silencio que es sido por el Padre en una consustancial y amorosa Palabra. (26-12-74)

912. El alma amante sabe escuchar, sin ruido de acá, la expresiva e infinita Palabra, en el silencio de la blanca Hostia. (12-11-74)

« ¡TAN SOLO EL SILENCIO!

Inéditas voces
exhala el silencio;
clamores de Gloria
dichos en secreto;

lejanías hondas,
volcanes en fuego,
preludios sagrados,
romances de ensueño;

tecleares dulces,
melódico acento,
voces del Dios vivo,
cantares inéditos...

¡Nada dice nada,
cuando, como Eco,
procuro expresar
mis presentimientos!

¡Nada dice nada...!
en las melodías
de notas calladas
con los tecleares
que exhala en sus brisas
¡tan sólo el silencio! »

18-2-1973

« YO QUIERO TUS “VOCES”

No hay voces tan ciertas como las claustrales
del hombre que escucha, sin saber hablar,
ante los conciertos del Amor eterno
que expresa en secreto, sin nada expresar.

[terrenas,
¡Yo quiero las voces del que nada dice con voces
cuando, en mis nostalgias, le siento llegar!;
pues sólo la brisa de su paso quedo
llena, en luz sapiente, mi modo de orar.

Yo busco, Dios mío, en mi noche dura,
la dulce enseñanza de tu silenciar;
esa que apercibo cuando siento el eco
de la brisa dulce de tu “respirar”.

¡Yo quiero las voces que exhala tu boca
con sólo pasar! »

7-8-1972

«Frutos de oración»

913. El silencio del Sagrario es secreto de misterio, que encierra, en las sombras y tras velos, al que se Es. (18-10-74)

914. Necesito el misterio sagrado del silencio del Sagrario, más que el ciervo sediento las aguas del cristalino arroyo, ya que sólo allí se apagará mi torturante sed. (9-3-77)

915. Vayamos al silencio de nuestros sagrarios, al de nuestros corazones, al silencio del seno de María y al silencio del pecho de Dios... Y «allí» sabremos el recóndito secreto del misterio de Cristo, en el cual se encierra Dios y el hombre, todo lo divino y creado, pues Cristo es la plenitud infinita y creada. (22-12-75)

917. La soledad silente del Sagrario me enloquece, ante el Amor infinito en espera incansable de amor. (29-1-73)

918. ¡Qué misterio el del silencio del Sagrario! Y ¡qué silencio tan profundo encierra el misterio de la Eucaristía...! (1-5-77)

« SE PIERDEN LAS NOTAS...

Se pierden las notas que vienen y van
en brechas de cielo.

Se pierden las notas que el Amor pronuncia
dentro de mi pecho.

Se pierden las notas, como en melodías,
en habla de Eterno.

Se pierden las notas
que deja el Silencio.

Son brechas de amor,
de hondura y misterio,
en habla de Dios,
que dicen palabras de fuego;
algo que, en su don,
se lleva muy dentro.

Se pierden las notas, sin saber decir
cómo será esto...

¡Cuánto estorba todo,
hijos de mis ansias,
si habla el Silencio!

El Silencio grande
que envuelve los cielos
en voces de Dios
de tenues conciertos.

Se pierden las notas que vienen y van
en el pecho abierto,
que, en el teclear
del lamento eterno,
hieren y taladran
el punto secreto
donde Dios se esconde dentro de mi ser,
siéndose Silencio.

Se pierden las notas...
¡me envuelve el misterio! »

4-4-1972

«Frutos de oración»

919. El secreto amoroso de Jesús en la Eucaristía, es esperar sin cansancio a la persona amada por si tal vez, algún día, viniera a buscarle. (18-2-65)

920. El Amor infinito no sabe de cansancios, de traiciones ni de olvido. El Amor es así... ¡ama! (25-10-68)

921. Los años pasan, el mundo se altera, los hombres cambian, nacen y mueren... Jesús sigue igual, esperando en el sagrario sin cambiar

ni alterarse. El Amor infinito es así. ¡Qué seguridad encierran los misterios divinos, aunque los hombres, por no gustarlos, los profanen! (25-10-68)

922. ¡Qué realidad tan grande es la de Jesús en el sagrario! ¡Qué solo está, y qué misterio tan vivo es para el hombre que a Él se acerca y le apercibe! (25-10-68)

923. Jesús está en la Eucaristía para llevarnos a todos con Él al Seno del Padre; pero nosotros ni le escuchamos, ni le recibimos y así le defraudamos, no llenando el plan divino. (16-10-67)

924. Señor, te olvidaron los hombres... ¡Están tan ocupados, tan llenos de cosas...! ¡No hay mayor desprecio que no hacer aprecio del bien recibido! (1-5-77)

925. El Amor eterno que muere por amor en donación amorosa y se perpetúa, a través de la Liturgia en la Iglesia, haciéndose Comida y Bebida, Prisionero y Mendigo, es respondido, la mayoría de las veces, por los que ama, con la despreciativa indiferencia del olvido. ¡Terrible ingratitud que taladra el alma de Cristo! (1-5-77)

926. ¡Cuánto duelen los olvidos inconscientes de los que amamos! Se olvidan, porque el co-

razón está en otras cosas. El que ama se experimenta cogido por la persona amada, en nostalgia amorosa. (1-5-77)

927. Jesús, ¿te sientes solo? ¿Te olvidaron los que amas? ¡Su inconsciencia los aletargó! Mas Tú esperas sin cansarte, sin marcharte, por si, en su olvido, volvieran a recordarte con nostalgias... (1-5-77)

« CONTIGO QUEDO

Tú quieres que esté contigo
en descansados encuentros,
sin más quehaceres que amarte
junto a mi sagrario abierto.

Tú quieres que esté contigo
en ratos de entendimiento,
donde Tú vuelcas tus penas
en la hondura de mi pecho.

Tú quieres que esté contigo
en adorantes desvelos,
pues, cuando ante Ti me tienes,
descansas con mis recreos.

Tú quieres que esté contigo,
¡tanto!, que, cuando no vengo,

mi espíritu se acongoja
y mi alma rompe en vuelo.

Tú quieres que esté contigo...
¡Esto bien que lo comprendo
por las dulzuras de gloria
que vivo, cuando a Ti vengo!

Tú quieres que esté contigo,
mi Jesús del Sacramento,
reclinada junto a Ti,
escuchando tus lamentos.

Tú quieres que esté contigo...
¡Cuán hondo misterio es esto!,
pues mi pobreza es tan grande,
que ante tus amores muero.

Tú quieres que esté contigo...
¡Contigo quedo, mi Dueño! »

15-4-1975

Colección
Luz en la noche
El misterio de la fe
dado en sabiduría amorosa

nº 6



Ediciones La Obra de la Iglesia